



Francisco Guerrero Rivas nació en 1955, en Córdoba (España). Aprendiz en la vida.

Notas preliminares:

Este cuento alegórico está inspirado en mi propia vida desde el momento de la concepción hasta el de la muerte. He querido desarrollarlo íntegramente en el agua, incluidos sus protagonistas son agua, porque ésta es imprescindible para toda forma de vida conocida. Amo la vida y he pretendido rendirle mi humilde homenaje con ello.

El punto de inflexión que cambió mi vida radicalmente ocurrió cuando tenía 46 años. Tuve los primeros síntomas de lo que resultó ser esclerosis múltiple primaria progresiva. Ello marcó un deterioro progresivo que llegó a ser insoportablemente cruel y lacerante.

Si estás leyendo esto es porque habré conseguido abrazar a mi amada y anhelada, en los últimos años, parca.

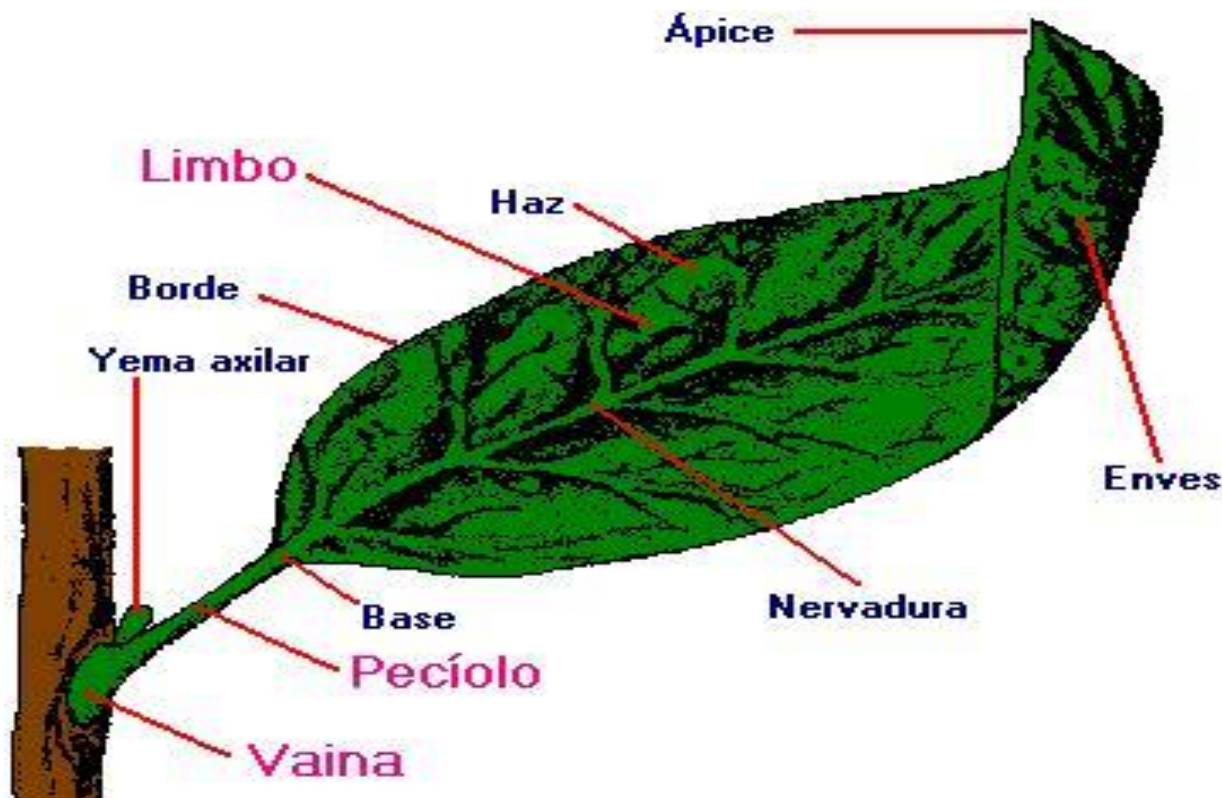
Capítulo 1º

Llovía copiosamente, así llevaba algunas semanas, durante varias veces al día. La tierra no podía absorber más agua. Había escorrentías por doquier. Fluía el líquido incoloro buscando inexorablemente superficies inferiores.



¡Plaf!, una enorme gota de agua cayó con tremenda fuerza sobre el tallo de la rama de un frondoso árbol. Se fragmentó en millones de átomos que saltaron por todas partes, uno de ellos quedó depositado encima de una diminuta y tierna hojita del árbol.

La hojita se bamboleaba insistentemente, debido al fuerte viento que acompañaba a la lluvia. Hasta que, en uno de aquellos vaivenes, no pudo resistir su débil pecíolo, que se partió, dejando a la hojita separada del árbol y a merced del viento reinante. Recorrió un largo trecho suspendida en el aire hasta que finalmente fue a caer, con el envés hacia abajo, a la superficie terrestre.



La insignificante hojita era arrastrada tímida e intermitentemente por una escorrentía en lámina, que no conseguía despegarla de la tierra. Trascorrido un pequeño trayecto, le cayó otra hojita, de su mismo tamaño y ternura, encima con el haz hacia abajo. De tal forma que se pegaron los bordes, dejando en el interior un diminuto hueco que cobijaba a nuestro átomo y a miles más, manteniéndolos aislados de las inclemencias del exterior y creando un clima cálido, húmedo, muy acogedor.

Capítulo 2º

Las dos hojitas unidas, con su preciado contenido interno, se fueron desplazando arrastradas con mayor dificultad porque habían doblado su peso y la lámina de agua sólo tenía unos milímetros de grosor. La hojita inferior no perdía en ningún momento el contacto con el terreno, el cual las frenaba.

Fueron recorriendo algunos metros hasta llegar a confluir con otros hilos de corriente de agua, formando pequeños canales. Ahora sí, aumentó algo la velocidad de desplazamiento; aunque no dejaba de rozar con la tierra, si bien, este roce era menor.

El reguero afluía en un arroyo, al cual llegaron nuestras hojitas. Una vez en el arroyo comenzaron a flotar libremente, imponiéndole su ritmo de bajada el agua que lo conformaba. El arroyo las llevó a un riachuelo que desembocaba en un río enormemente caudaloso.



Durante todo aquel trayecto el movimiento al que eran sometidas las hojitas hizo que los átomos que albergaban en su interior se desplazaran y se fuesen uniendo formando moléculas, que, a su vez, se unían entre ellas. De esta manera se formó una diminuta gotita de agua.

Capítulo 3º

Al llegar a la desembocadura, las hojitas cayeron a un impetuoso río de diáfanas aguas. Se separaron y apareció la diminuta gotita. Allí la esperaban dos gotas, Inodora e Insípida. La primera en hablar fue Insípida con voz grave y tierna.



–¡Qué bonita! ¡Qué linda! ¡Qué...

–¡Qué pequeñita! ¡Qué indefensa! Tenemos que cuidarla y protegerla –la interrumpió Inodora con dulzura.

–¡Eso, eso! Vamos a hacerla una gota grande y hermosa. Nos encargaremos de ella toda la vida –aseveró Insípida.

Hicieron una gran fiesta con otras gotas del río. Todas felicitaban a Insípida y a Inodora por la determinación que habían tomado de cuidar y proteger a aquella hermosa gotita.

Había que ponerle un nombre. Todas hacían sugerencias. Pero ellas ya habían tomado su decisión.

–Se llamará Incolorita –dijo Inodora con voz aguda y suave.

A todas las gotas allí reunidas les gustó el nombre. Definía muy bien a aquella gotita que había llegado a alegrar el recorrido de las aguas de aquel limpio y caudaloso río.

Capítulo 4º

Todas las gotas que encontraban río abajo se acercaban con admiración.

–¡Qué chiquitita! ¡Qué redondita! Será una gota digna de este río. ¿Cómo se llama? –decían todas.

–Incolorita –respondían al unísono Inodora e Insípida. A las dos se les quedaba pequeño aquel río ante tanta satisfacción y orgullo.

A medida que recorrían trayecto, Incolorita aumentaba de tamaño y, a veces, se retiraba de Inodora e Insípida.

–No te retires de nosotras. Ten mucho cuidado –le advirtió Inodora.

–No te acerques a las orillas que allí es donde están los mayores peligros –añadió Insípida.

Discurría el río por un valle en forma de V, donde predominan las cascadas, las gargantas y los rabiones, más conocidos como rápidos.

Incolorita observó a dos gotitas, como ella, que jugaban a chocar contra las rocas. Salían despedidas con violencia y se lo estaban pasando fantásticamente. Se acercó a ellas y les preguntó:

–¿Puedo jugar con vosotras?

–¡Claro que sí! Yo me llamo Fresquita y ésta es Humedita, es un poco tímida y muy empollona. ¿Tú cómo te llamas? –repuso la más extrovertida y traviesa.

–Yo me llamo Incolorita y no tengo ninguna amiga.

–Pues ya tienes dos –replicó con soltura Fresquita.

–¡Corre, corre! Ponte detrás de nosotras que nos acercamos a una gran roca. Verás que divertido.

Se colocaron en fila, en primer lugar se situó Fresquita, seguida por Humedita y finalmente Incolorita. Llegaron a la roca y saltaron por los aires, despedidas por el fuerte impacto. Volvieron a reunirse riendo. Siguieron buscando rocas para continuar el juego. A veces las sorprendía algún escollo, que no habían visto, con el que chocaban las tres o sólo alguna de ellas, el factor sorpresa les proporcionaba mayor goce y divertimento.

Continuaron así hasta llegada la noche. Se despidieron con el propósito de reunirse al día siguiente.

“¡Uau! Ya tengo dos amiguitas” –iba pensando Incolorita con alegría.

Una vez por la mañana, se volvieron a congregarse. Primero llegaron Incolorita y Humedita.

–Hola, Humedita.

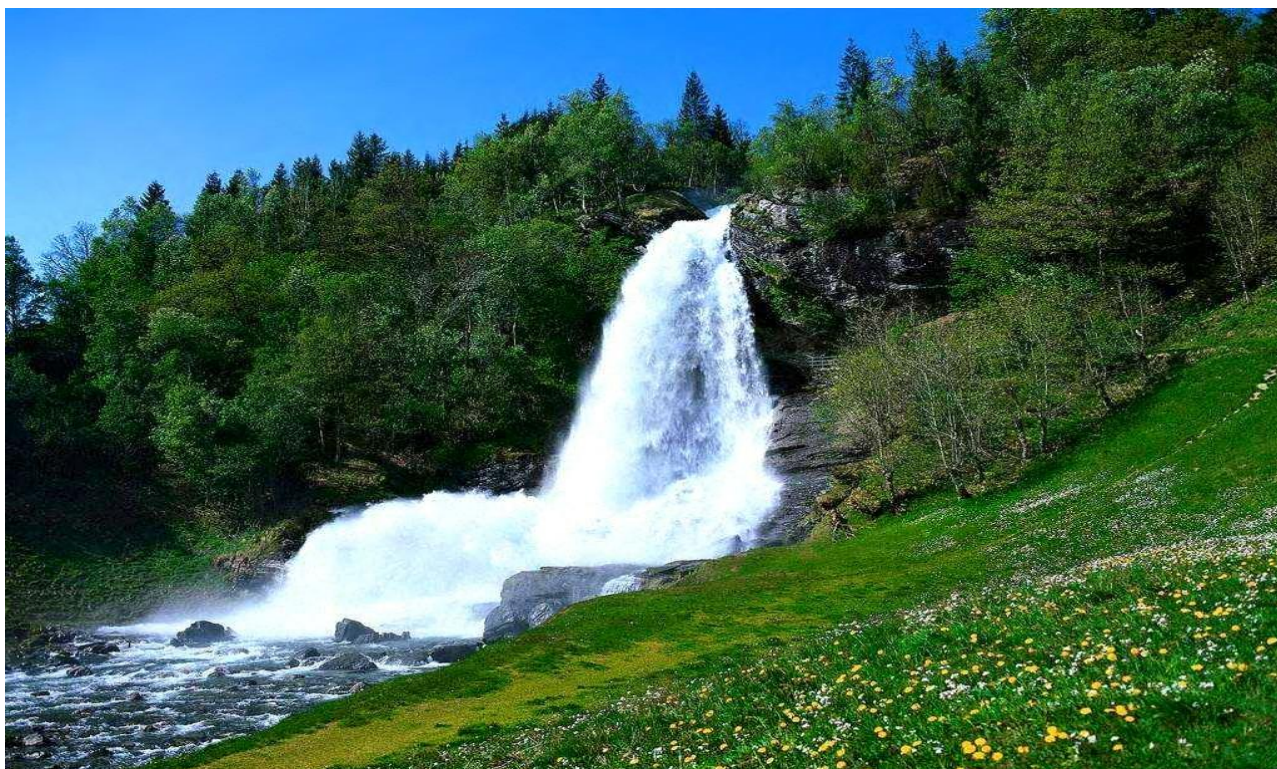
–Hola, Incolorita. Pronto vendrá Fresquita, ella siempre llega tarde.

Efectivamente, poco después se presentó Fresquita con una gran sonrisa.

–¡Vamos! Hoy tenemos que pasarlo muy bien. Preparaos que ahí tenemos una cascada. Daremos un salto enorme –animó Fresquita.

SUICIDIO DE UNA GOTA DE AGUA

–Tenemos que ir por el centro con mucho cuidado porque podríamos salir despedidas fuera del río –advirtió muy prudente Humedita.



–¡Bah! No pasa nada. ¡Allá vamoos! –le contestó resuelta Fresquita, acercándose a una de las dos orillas al tiempo que caía por la cascada.

¡Plaf!, Fresquita cayó con una fuerza brutal, que la despidió fuera del río. Quedó depositada en la rama de un arbusto, de los que abundaban a ambas orillas, y que colgaba sobre el mismo río. Sintió miedo, no, más que miedo, pánico y lloraba: ¡Buaaaa! ¡Buaaaa! Desde el inmenso caudal le gritó Humedita con rabia y preocupación:

–¿Ves? Te dije... ¿Ahora qué hacemos?

Pero Fresquita seguía llorando, sin atender a Humedita. Simultáneamente continuaban salpicando gotas a la rama del arbusto, esto hacía que Fresquita se fuese deslizando por la rama hasta que finalmente cayó de nuevo al río.

–¡Bieeen! –gritaron Incolorita y Humedita, llenas de júbilo.

–Os dije que no pasaba nada –dijo Fresquita, ya repuesta del susto.

–Sí, pero hace un momento, cuando llorabas, ¿dónde tenías ese optimismo y esa alegría? Si hubieses caído más lejos... –replicó Humedita con disgusto por las continuas imprudencias de su amiga.

–¿He caído cerca? Sí. Pues ya está. Sigamos jugando –respondió tajante Fresquita con tono burlón.

A Incolorita le llamó la atención ver peces que se afanaban nadando contra corriente, dirigiéndose río arriba.

–Esos enormes peces ¿por qué se esfuerzan nadando contra corriente? ¿Huyen de algo? ¿Tienen miedo? –Les inquirió Incolorita.

–No, ni hablar de eso –negó con rotundidad Humedita –. Son salmones que regresan a su lugar de nacimiento, desde el océano en que viven, para desovar en el lugar que nacieron. Este fenómeno recibe el nombre de reproducción anádroma, durante ese trayecto pueden nadar miles de kilómetros. Nadan río arriba a una velocidad media de seis kilómetros y medio diarios, pueden alcanzar un

SUICIDIO DE UNA GOTA DE AGUA

metro de longitud y veinte kilos de peso, hay especies que incluso más longitud y peso. Los más rezagados suelen alcanzar los frezaderos naturales a finales de otoño o primeros de invier...



–¡Eh, eeh! Ya está bien de lucirte ante Incolorita –la interrumpió Fresquita–. Ahora os voy a enseñar yo a las dos cómo divertirnos con ellos, que es lo importante: nos colocamos delante de los salmones mientras intentan ascender y se lo ponemos difícil. Ellos nos despiden con fuerza. ¡Ahí viene uno! ¡A por él!

Así recorrieron un largo trayecto jugando con los salmones. Mientras éstos se agotaban nadando contra corriente y superando obstáculos de hasta tres metros con setenta centímetros de altura.

De repente comenzó a aumentar la velocidad de la corriente. Las aguas impolutas fluían con mayor rapidez e iba en aumento. Incolorita se sorprendió. No sabía a qué obedecía aquella aceleración vertiginosa.

–¿Qué pasa? ¿Por qué corremos tanto? ¿Vamos hacia otra catarata? –inquiría Incolorita con mezcla de entusiasmo y expectación.

–Estamos entrando en un rabión –contestó Humedita –. Aquí vamos a avanzar con violencia e ímpetu. Podemos alcanzar una velocidad superior a los treinta kilómetros por hora...



–¡Eh, eh! ¡Otra vez, Humedita, exhibiendo tus conocimientos ante Incolorita! Con saber que vamos a correr mucho y divertirnos, ahora al contrario, esquivando las rocas, es suficiente –volvió a interrumpir Fresquita las explicaciones de Humedita–. ¡Seguidme, vamos allá!

Se colocaron las tres en fila, encabezadas por Fresquita, y se dejaron llevar por la furia de la corriente de agua. Se divertían esquivando todos los obstáculos que encontraban en aquel descenso con una inclinación impresionante.

–¡Bravoooo! –gritaba Fresquita.

–¡Uuuuy! –Chillaba Incolorita.

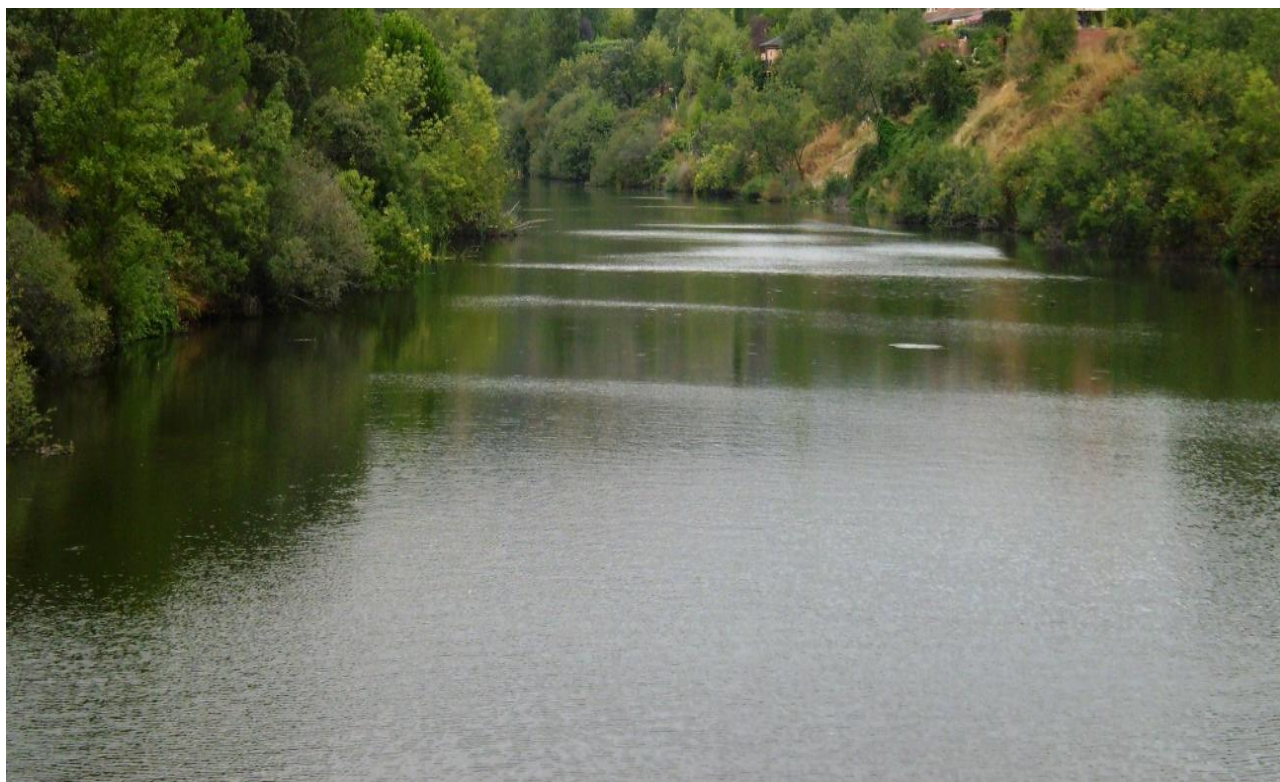
–¡Ooooh! –voceaba Humedita.

De esta guisa fueron recorriendo kilómetros río abajo, gozando de todos y cada uno de los accidentes que encontraban, propios del curso alto del río, cañones, desfiladeros, gargantas, etc., etc.

Capítulo 5º

Las tres se habían convertido en todas unas gotas. A pesar de ello continuaban manteniendo sus ganas de jugar y pasarlo bien.

El río, aunque mantenía suficiente energía, había disminuido su ímpetu y, con ello, la velocidad de sus aguas. Se había ensanchado, había aumentado el caudal, la sección transversal de su lecho tomaba forma de palangana seccionada. A sus márgenes la vegetación era muy frondosa. Abundaba la vida vegetal y animal tanto en sus aguas como en sus inmediaciones.



De repente Incolorita se fijó en otra gota de su tamaño. No había visto una gota tan hermosa en todo su recorrido, la más impoluta. Quedó totalmente deslumbrada; era toda una belleza. Ni corta ni perezosa, se dirigió a sus dos amigas, diciendo:

–Voy a hablar con aquella linda gota –dirigiéndose con determinación hacia ella.

Una vez junto a aquella preciosa gota, comenzó a hablarle con voz grave y gustosa.

–¡Hola! Mi nombre es Incolorita. ¿Puedo acompañarte y jugamos las dos?

–Oh... Bueno... –respondió con voz aguda y aterciopelada. Sintiéndose sorprendida, halagada y agasajada. Aquella gota le resultaba muy elegante. Le gustaba.

–Tú ¿cómo te llamas? –se interesó Incolorita.

–Mi nombre es Purita.

–Tienes un nombre tan hermoso como tú. Me gusta.

–A mí también me gusta tu nombre.

–¿Jugamos con los peces? –le preguntó Incolorita.

–De acuerdo.

–¡Mira! Allí viene una trucha. Tú te sitúas en la aleta dorsal y yo en la aleta caudal. A ver a cual la despide con más fuerza –propuso Incolorita.

Fueron pasando días y kilómetros del curso del río. Se sentían felices las dos gotas por haber unido sus caminos y compartir recorrido.

–¿Te gustaría que fuésemos por una orilla hasta encontrar la afluencia de un riachuelo y esperar a que llegue una gotita a la que proteger y cuidar? –preguntó Incolorita.

–Nada me gustaría más, Incolorita. Eso me haría la gota más feliz del río.

Dicho y hecho, siguieron el curso hasta llegar a la afluencia de un pequeño río y allí se quedaron a esperar durante un largo tiempo. Hasta que un día vieron llegar dos hojitas pegadas, que al caer al gran río se despegaron y apareció una diminuta gotita.

–¡Ahí está, Purita! ¡Mira qué lida es! ¡Qué chiquita! ¡Qué...

–Es la gotita más hermosa que jamás he visto –interrumpió Purita–. La llamaremos Transparentita.

–Me gusta ese nombre –replicó Incolorita.

Celebraron la llegada de Transparentita con muchas otras gotas más. Todas saltaban y bailaban corriendo abajo, en torno a la recién llegada.

Pasados los primeros meses de felicidad por la llegada de Transparentita, Purita quería más y habló con Incolorita.

–Me gustaría que en la próxima desembocadura esperásemos otra gotita para que Transparentita tenga compañía, aumenten de tamaño las dos a la vez y juguemos las cuatro.

–Es una idea fantástica, así lo haremos –respondió Incolorita.

Efectivamente, llegaron a la desembocadura de otro afluente y aguardaron la llegada de otra gotita. Con ella llegaron todo tipo de parabienes y celebraciones en honor a la nueva gotita.

–Se llamará Limpita –dijo con voz suave, pero firme, Incolorita.

–Es un nombre muy bonito. Casi tan bonito como nuestra gotita más pequeña. Jamás encontraríamos un nombre que la igualara en belleza –replicó Purita.

Las cuatro gotas avanzaban río abajo. Felices. Gozaban de todas las oportunidades que les ofrecía el curso medio del río.

–No os retiréis de nosotras –advertía Purita a Transparentita y a Limpita–. A las orillas sólo acercaros cuando os acompañemos Incolorita o yo, allí están los mayores peligros.

–¡uf! Nosotras queremos jugar y dejarnos llevar por la corriente –se quejaron al unísono las dos, mostrando su fastidio.

–¡No quiero réplicas. Haced lo que os digo y se acabó! –les ordenó con energía Purita.

–Está bien... Nos quedaremos por aquí –respondieron con resignación.

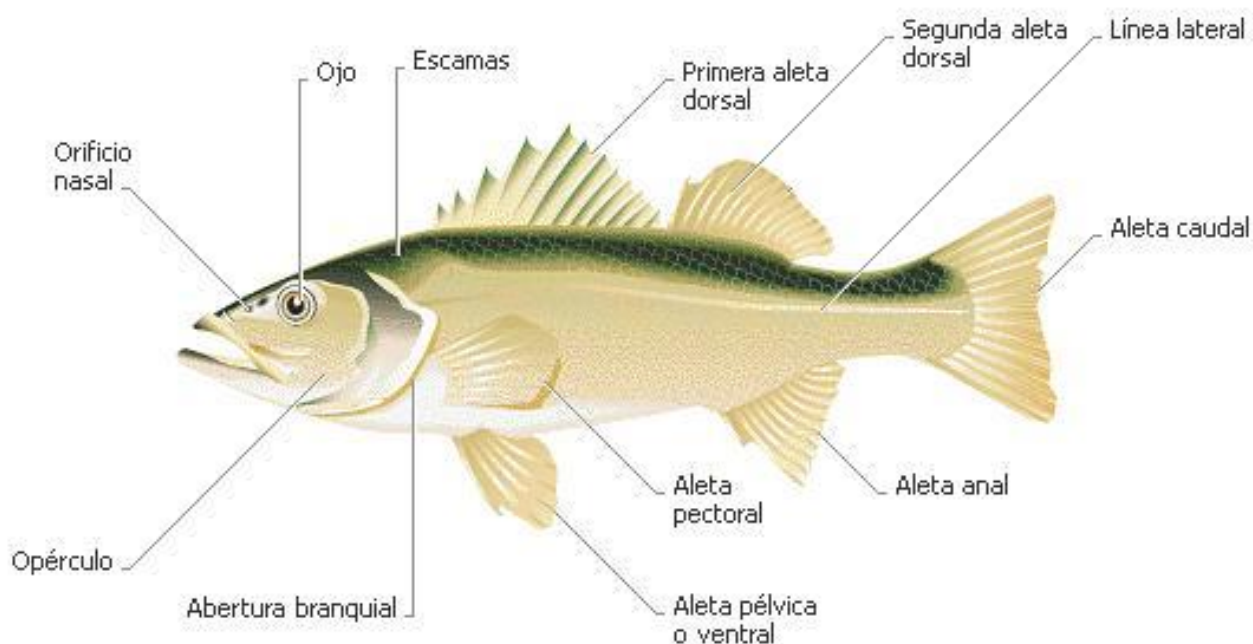
Las cuatro gotas pasaban los kilómetros jugando y divirtiéndose con barbos, lucios y, en tramos de aguas más lentas, también con carpas, tencas, gobios, entre otros animales de la fauna fluvial.

–No juguéis con las nutrias ni las ranas, porque salen del río y os pueden sacar con ellas –les advertía Incolorita.

–No te preocupes, ya nos lo has dicho mil veces. Tenemos cuidado –respondían Transparentita y Limpita.



Cuando jugaban con los peces se distribuían en las aletas. Transparentita decía: yo voy a la aleta caudal, la que le sirve de propulsión, a ver cuánto aguanto sin que me despida con su ímpetu natural. Limpita era la siguiente en elegir: pues yo me situaré en una de las aletas pélvicas, las que le sirven para darle estabilidad, impidiendo el balance arriba-abajo, ahí estoy más tranquila. Seguía Purita diciendo: yo me quedaré en la aleta dorsal, la que le da estabilidad, impidiendo girar izquierda-derecha, así seré la que más cerca esté de la superficie. Por último, Incolorita: bien, yo iré a una de las aletas pectorales, las que le sirven para locomoción y movimiento de lado a lado.



De repente, apareció unos metros más debajo de la trayectoria de Transparentita un perrito nadando para salir del río. Antes de darse cuenta, Transparentita, estaba atrapada en el pelo de la cabeza del animal, entre las orejas.

SUICIDIO DE UNA GOTA DE AGUA

–¡Aléjate de ese can, te sacaré del río! –gritaba angustiada Purita.

–¡Antes de que llegue a la orilla, deslízate hacia la grupa y retírate de él! –voceaba Incolorita.

–Por favor, que no te saque –suplicaba Limpita.

–¡No puedo! ¡No puedo! ¡Estoy atrapada en su pelaje! ¡¿Qué hago?! ¡Tengo miedo! –gritaba con terror Transparentita.

Mientras tanto, el perrito exhausto conseguía alcanzar la orilla. Salió del agua, con Transparentita aún en su cabeza, y se sacudió con fuerza. Transparentita salió volando, yendo a caer en una de las hojas de un árbol cercano, pero lejos del río.

–¡buah...! –lloraba Transparentita desconsolada. Había perdido toda esperanza de volver al río.

–¡Tranquila, no llores! –le gritaban desde el río Incolorita y Purita, tratando de consolarla. Al tiempo que ocultaban el pánico que sentían ellas.

Transparentita había caído en el haz de la hoja, próxima al ápice. El ápice estaba inclinado hacia abajo. Justo debajo, por la superficie terrestre, fluía un regato, el cual nacía en un venero del que borboteaba el agua, unos cientos de metros monte arriba.

Una ligera brisa movía la hoja y Transparentita, poco a poco, se deslizaba hacia el ápice.

Las otras tres gotas estaban expectantes, sin atreverse a pronunciar ni una sola palabra. Transparentita lloraba y gemía.

Uno de los movimientos de la hoja situó a Transparentita colgando del ápice y el siguiente la hizo caer. Con tan buena suerte que, ¡Plaf!, fue a dar con todo su cuerpo en el centro del regato. Éste afluía en el río. Así que en pocos minutos estaban juntas las cuatro gotas. Todas lloraban y reían al mismo tiempo. Se prometieron tener más cuidado en el futuro y no separarse jamás.

Les gustaba pasar los meandros por la parte cóncava porque la velocidad es superior y erosiona la orilla.



–Ahí viene un meandro vamos a pegarnos a la parte más abierta de la curva. Directamente hacia las raíces de los sauces, a ver si conseguimos derribar alguno de esos árboles –alentó Incolorita.

Continuaban divirtiéndose. Hasta que, distraídas todas, Limpita se descuidó y se separó de las otras tres. La corriente la llevó muy cerca de una orilla. Se dirigía directamente al lugar donde bebía un burrito. Limpita no era consciente de ello, pues miraba hacia otro lado y no en el sentido de la corriente. Sin embargo, las otras gotas veían, con un horror espantoso, el peligro que acechaba a Limpita de ser bebida por el jumento.

–¡Cuidado, Limpita. Mira para adelante! ¡Cuidado! ¡Cuidado! –gritaban las tres gotas, al tiempo que le hacían aspavientos y gestos para que se retirara de la orilla. Pero estaban muy lejos, Limpita las oía sin entender lo que decían. Creyó que se trataba de un juego más.

–¡A ver si me alcanzáis! –las retaba Limpita, totalmente girada hacia atrás. Con los brazos les hacía movimientos para que se le acercaran. Completamente ajena al peligro que le aguardaba.

Aumentaba la angustia y el pavor de Purita, Incolorita y Transparentita, al ver que Limpita malinterpretaba sus advertencias. Ya se encontraba a escasos metros del asno y Limpita continuaba tan feliz retando a las otras tres a que la alcanzaran. Cuando estaba tocando la inmensa boca del animal, éste levantó la cabeza, la giró y se marchó, una vez saciada su sed.

–¡Ah! –exclamaron al unísono las tres gotas, que hasta ese instante habían contenido la respiración.

Capítulo 6º

Transparentita fue adquiriendo voz aguda de gota adulta y Limpita voz grave. Cuando repentinamente...

–¡Ay! ¡Qué pasa! –gritó Incolorita, al tiempo que era inexorablemente arrastrada por una corriente extraña, hasta llegar a ser succionada por un remolino. Desapareció de la superficie y comenzó a descender girando en espiral. Una fuerza, hasta ese momento, desconocida para ella la llevaba al fondo del río, sin poder hacer nada para evitarlo.



–¡Eh! ¡Mirad a Incolorita! –gritó Transparentita.

–¡Oh!, no. Se la está tragando un agujero –añadió con estupor Limpita.

–¡No os mováis de ahí! –Les ordenó Purita–. Esperaremos a que salga.

Incolorita, sin embargo, no salía. Miraban hacia todos lados, al tiempo que se aproximaban entre ellas. Con desasosiego, que aumentaba cada segundo que pasaba, no veían a Incolorita por ninguna parte. Temían lo peor: no volver a verla.

De repente, escucharon voces desde fuera del río. ¿No puede ser? ¿Cómo es posible? ¿Qué ha pasado? Esos interrogantes inquietaban las mentes de las tres gotas aterrorizadas, al ver a Incolorita fuera del río.

SUICIDIO DE UNA GOTA DE AGUA

–¡Aquí! ¡Aquí! –gritaba Incolorita al tiempo que agitaba los brazos, desde un hilo de agua translúcida que discurría paralelo al río.

–¿Qué te ha pasado? ¿Qué haces ahí? ¿Cómo has llegado? –le inquirió Purita.

–No lo sé. Una corriente muy extraña me ha sumergido y al ascender he aparecido aquí.

–¿Qué hacemos ahora? –preguntaron al unísono transparentita y limpita.

–No preocuparos, seguro que más abajo puedo volver al río –respondió Incolorita, al tiempo que observaba la cara preocupada de Purita.

A medida que transcurrían los kilómetros el agua en que se encontraba atrapada Incolorita se hacía más turbia. La incertidumbre y el desasosiego se apoderaban de las cuatro. En aquel hilito de agua iban afluyendo aguas residuales, las cuales contenían elementos patógenos, como protozoos, helmintos, bacterias y virus. Se iba convirtiendo en agua pestilente, putrefacta y densa. Incolorita cada vez se podía mover con menos soltura, se encontraba más aprisionada.

–No quiero que os aflijáis. Puede que más abajo se encuentre una depuradora que me regrese al río libre de todas estas impurezas.

Capítulo 7º

Sin embargo, Incolorita, en su fuero interno, cada vez se mostraba más escéptica respecto a poder salir de la trampa en que estaba sumergida para volver a su amado río junto a sus queridas gotas. Sentía que se aproximaba a un lugar cenagoso, lleno de lécamo, en el que no tendría ninguna posibilidad de maniobra y, por consiguiente, no podría tomar decisiones. Se encontraría a merced de lugares asquerosos imposibles de soportar.

Purita, Transparentita y Limpita se sentían impotentes, no había nada que pudieran hacer para aliviar a Incolorita, mucho menos para recuperarla y que volviera al río.

–Si esto continúa en aumento sin que encontremos una depuradora, antes de que quede totalmente inmóvil, buscaré una tierra seca y fértil que me libere de toda esta pesadilla. No estoy dispuesta a soportar una agonía que considero indigna –dijo Incolorita a sus amadas gotas.

Ya no jugaban ni se divertían como antes. Habían perdido la alegría, aunque procuraban disfrutar los pocos momentos que les deparaba el día a día. Su atención estaba centrada en Incolorita y del devenir de aquel repulsivo lugar en que se encontraba cada vez más atrapada.

–¡Puf! Este lugar se está volviendo cada vez más hediondo, nauseabundo, repugnante y espeso; a medida que voy avanzando me puedo mover menos –se quejó Incolorita.



Conforme bajaba por aquel lugar inmundo era más difícil soportar toda aquella podredumbre.

Incolorita se mostraba tranquila, a pesar del estado en que se encontraba, porque conservaba la posibilidad de auto-liberarse. Mientras esto fuese así no perdería la calma.

Lo que realmente preocupaba a Incolorita era que fuese sorprendida llegando repentinamente a un lugar en el que perdiera la capacidad de auto-liberación. Cuando pensaba en ello perdía el sosiego y sentía un profundo malestar.

Purita, Transparentita y Limpita la acompañaban desde el río. Eran totalmente conscientes de lo que apesadumbraba a Incolorita, para la que querían lo mejor. Por ello asumían y respetaban la decisión que tomara, así como el instante en que lo hiciese.

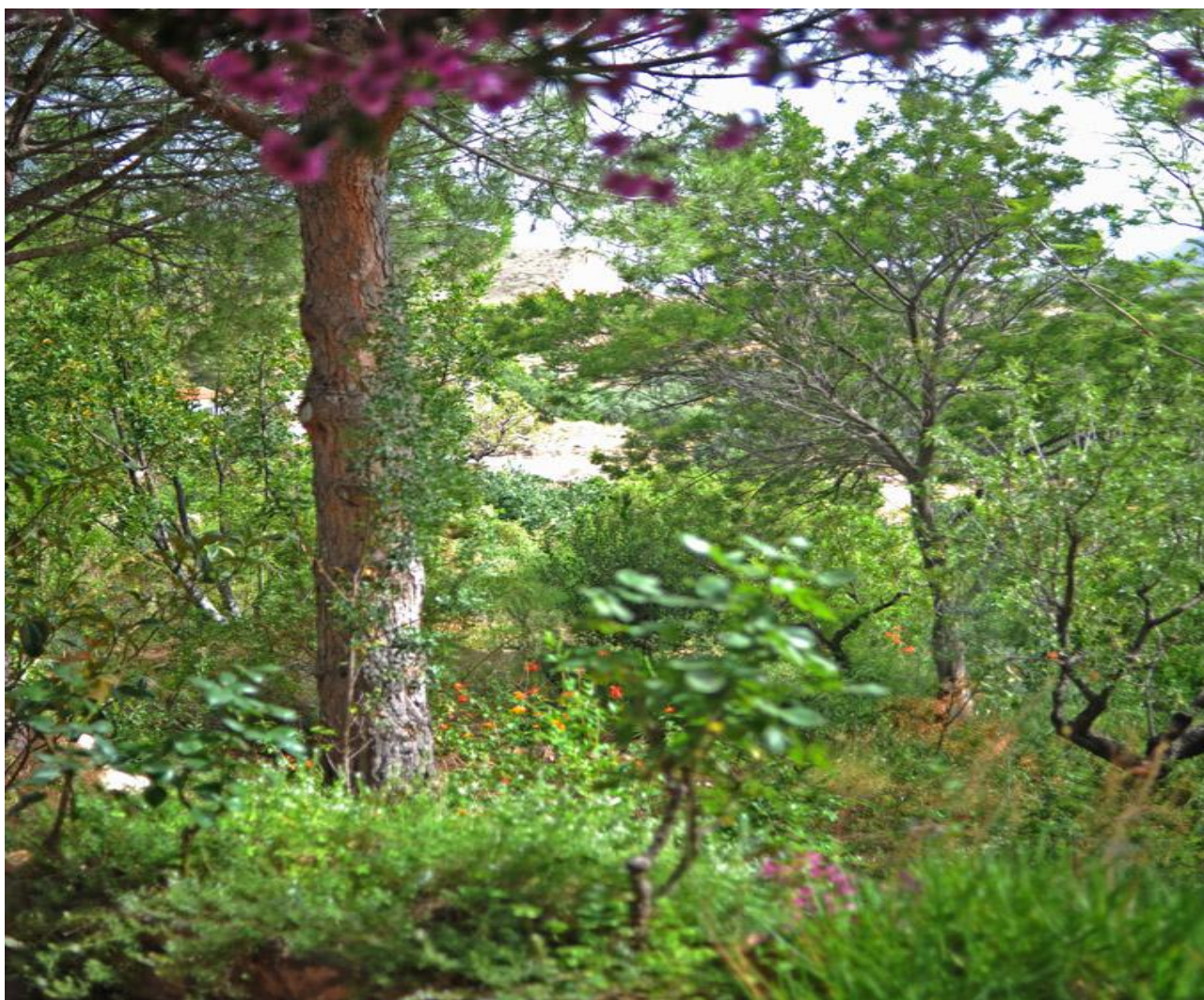
–Ha llegado el momento –habló Incolorita, dirigiéndose a sus tres queridas gotas–. Voy a ir buscando una tierra ubérrima, me iré acercando, abriéndome camino lentamente entre todo este lodo apestoso y me infiltraré en ella. Esa tierra hará de depuradora, limpiándome completamente y me incorporaré a ella.

Incolorita iba muy pendiente de todo lo que rodeaba a aquel viscoso reguero esperando llegar al lugar apropiado.

Todo su afán se centraba ya sólo en localizar su ansiada tierra para liberarse de aquel tormento insoportable.

Por fin, transcurridos unos kilómetros, divisó una tierra hermosa con abundante vegetación y exclamó:

–¡Aquí! ¡Este lugar es el de mis sueños!



Se fue acercando lentamente, haciendo un gran esfuerzo, hasta tomar contacto con la tierra. Se despidió de sus muy queridas gotas y, con una tierna y triunfal sonrisa, suavemente se infiltró en aquella maravillosa tierra que la liberó y depuró.

Las tres gotas vieron cómo se liberaba Incolorita de aquel infecto lugar. Su estado emocional era una mezcla de tristeza y alegría: tristeza porque se habían separado para siempre y alegría por la liberación de su amada gota. Sin embargo, las acompañaría toda la vida mientras la tuvieran en sus recuerdos y en sus corazones.

Las tres continuaron el curso del río, recuperando, poco a poco, la normalidad, la alegría y la felicidad.

Nota final:

¿Alguien sabe lo que es estar años sin poder hablar ni una sola palabra para quien adora el diálogo y ha estado practicándolo más de cuarenta años? ¿Alguien sabe lo que es estar todo el día sentado, durante años, para quien adora el deporte y lo ha practicado asiduamente? ¿Alguien sabe lo que es sólo poder comer, durante años, todo triturado para quien adora la gastronomía? ¿Alguien sabe lo que es poder tomar sólo ciertos líquidos y con riesgo de atragantamiento, incluso tener dificultad para tragar la propia saliva? ¿Alguien sabe lo que es ver cómo pierde fuerza en las manos, destreza, se le agarrotan los dedos, tiene movimientos involuntarios y se van convirtiendo en garras para quien ha sido un manitas? ¿Alguien sabe lo que es no reconocer su propia risa? ¿Alguien sabe lo que es que toser o estornudar le provoque un dolor intenso en el abdomen y/o morderse la lengua? ¿Alguien sabe lo que es padecer un cansancio injustificado teniendo una inquietud tremenda por trabajar, al menos intelectualmente? ¿Alguien sabe... Así podría enumerar más de treinta síntomas primarios, directamente provocados por la enfermedad, y muchos otros secundarios, derivados de los anteriores.

Si alguna persona puede responder afirmativamente a todos estos interrogantes y a muchos más, ver cómo van en aumento y tener en el horizonte un cuerpo retorcido y rígido como una algarroba, no la compadezco porque no voy a sentir por los demás lo que jamás he querido que sienta nadie por mí. Pero sí voy a permitirme la licencia de proponerle que nunca se autocompadezca y que busque alguna actividad que la satisfaga.

He tenido la gran suerte de padecer y sufrir una enfermedad que me ha ido avisando que me dejaría sin poder llevar a cabo por mí mismo mi voluntad soberana de disponer de mi propia vida, en una sociedad que me niega esta soberanía.

Algunas reflexiones breves:

La vida y la muerte son dos caras de una misma realidad que, bien utilizada, se puede gozar totalmente.

La vida y la muerte son motivo de felicidad, cada una en su momento.

Es una incongruencia buscar la felicidad durante toda la vida y negarla llegada la hora del tránsito hacia la muerte.

Tan irracional es aferrarse a la vida como no valorarla.

Adoro la vida con todo mi ser, por ello su carencia me hace anhelar la felicidad de una buena muerte.

Una vida sin intensidad ni pasión ni dignidad carece sentido ser vivida.

Es una suerte poder planificar una buena muerte cuando se vive el presente en una tortura constante difícil de soportar que cada día aumenta el martirio y se tiene un horizonte cierto con una crueldad extrema.

Respiro para vivir. Si no vivo, para qué quiero respirar.

Gracias vida por hacerte acompañar de la muerte.

Agradecimientos:

No puedo marcharme sin mostrar mi gratitud a todas las personas que, a lo largo de mi vida, han coincidido conmigo y me han dedicado algo de su tiempo. Especialmente, estos últimos y duros años, a quienes me han tenido como amigo en Facebook, compartiendo sus inquietudes, deseos, momentos felices, discrepando, coincidiendo, etc. Han conseguido que mi inhóspito confinamiento haya sido más social, menos sombrío y frío. Muchas gracias, amigas y amigos.

Qué decir de mi esposa, mi hija y mi hijo... Creo que queda meridianamente claro en el cuento la piña que hemos formado, siempre unidos y cómo me han arropado hasta el final.

¡Hasta siempre!